

# La sonrisa de los tristes I

Xibeliuss

Pásame el queso, hazme el favor. ¿Tú no quieres? Te advierto que cualquier pasta mejora con un buen parmesano, y ésta ya es una pasta magnífica. Ah, tú no me conoces. Me ves ahora e igual piensas: “¿Qué sabrá el Gordo Colsada?” Hijo, llevo ya mucho tiempo en este mundo. He vivido tiempos maravillosos y tiempos... como estos. Te puedo decir que todo acaba y todo vuelve, como las olas del mar a la playa. Hace más de cuarenta años que empecé mi carrera. Mi primer trabajo lo conseguí en el año 33, cuando la inauguración del Terramar: el hotel con más estilo de todo Sitges. ¿Te suena? No, claro. Yo recuerdo cada detalle.

En apenas un año el hotel se convirtió en la última sensación para la sociedad catalana y yo en un botones veterano, curtido en experiencias de mil colores. Costaba ya encontrar algo en mí del zagalillo de pueblo que había sido - y de su inocencia. El trabajo era continuo, con turnos interminables interrumpidos el tiempo justo para comer y dormir sin excesos. El salario, bajo: la mayoría del personal, sobre todo los puestos más humildes, necesitaba de las propinas para cubrir sus necesidades básicas y todos estábamos dispuestos a pelear por ellas como perros de jauría. Por fortuna, la afluencia de clientes con posibles era incesante, en cualquier temporada y para cualquiera de los servicios ofrecidos; desde viajeros de larga estancia a parejas furtivas de una sola noche, bailes, cenas de gala o comidas de negocios... un éxito sin paliativos que situaba a Sitges - y a Cataluña - entre los destinos turísticos de más renombre. En las calles del país la situación política rebullía como un avispero bajo la humareda y la alta sociedad, la pujante burguesía adinerada necesitaba establecimientos como el Terramar, lugares agradables donde olvidar tanta turbación. Donde lucirse unos ante otros y verse las caras de cerca, lejos de las envidias ajenas.

Desde el mes de febrero llevaban tenían habitaciones alquiladas en el hotel dos empresarios extranjeros, Mr. Strauss y Mr. Perlovitz, que mantenían una intensa actividad social, con reuniones continuas a las que asistía gente muy importante: banqueros, políticos conocidos... lo que te contaba antes. Una tarde llegó, para una de estas reuniones, un *pez gordo* acompañado de dos mujeronas imponentes. Entre el personal enseguida se dijo que eran actrices, seguro que hasta vedettes del Paralelo. El caso es que antes del anochecer se desató una tormenta del demonio y el pez gordo, que había venido con los puesto, empezó a agobiar a los recepcionistas con una exigencia detrás de otra. Al final, el Jefe me encargó que me pusiera a su

disposición para cualquier cosa que necesitara. “Cualquier cosa” - recalcó - “Y sin quejas”. ¿Cuántos años tienes, hijo? ¿Veinte, veinticinco? Yo tenía quince y, como te he dicho, llevaba más de un año trabajando por la cama, la poca comida y cuatro reales mal contados. Tenía mucha hambre: hambre de ganar dinero y vivir como los huéspedes del hotel. ¿De qué me iba a quejar? Por aquel entonces, lo de la lucha obrera y la justicia social eran para mí palabras huecas de alborotadores sin espíritu. Y hoy no pienso de manera muy diferente. No te escandalices.

Don Joaquín Gasa – el pez gordo – se quedó casi una semana más en el Terramar. Los planes de negocios con Mr. Strauss y Mr. Perlovitz parecían avanzar a paso firme y los tres pasaban la mayor parte del tiempo reunidos en los salones del hotel, con un par de mecanógrafas y una línea telefónica reservada para ellos. Yo permanecí al servicio exclusivo de Don Joaquín: cualquier encargo, cualquier recado para él o para sus acompañantes los tenía que hacer yo, y así lo dejó muy claro ante el Jefe de Recepción. Yo, debo decirlo, me esforcé al máximo. Barrunté una oportunidad y fui a por ella. El día de salida me llamó una vez más a su suite.

- ¿Cuánto te pagan aquí?

Se lo dije.

- Te están estafando. Toma – me dio una tarjeta – Arregla lo que tengas que arreglar con el hotel, con tus padres y con quien haga falta. Y te presentas en mis oficinas. Sé que no me decepcionarás..

No. No iba a hacerlo. Aunque me dejase las muelas en el intento.

Chico, y así fue mi debut en el mundo del espectáculo. ¿Qué te parece?

Don Joaquín era propietario del Teatro Olympia en Barcelona, tenía varias compañías girando por el país y, además, se encargaba de organizar acontecimientos de todo tipo, tanto en su propio teatro – el local cubierto de mayor aforo en la ciudad – como en cualquier lugar que pudiera pagarlo. Sus oficinas estaban en la calle Aldana, a dos pasos del Paralelo. Trabajábamos allí, según temporadas, entre treinta y sesenta personas y era una locura absoluta y maravillosa. Yo empecé, por supuesto, desde abajo, en lo que mejor sabía hacer: el chico para todo, el recadero. Y, desde el primer día, con los ojos muy abiertos y copiando de todos. Así es como se aprende un oficio. Tú eres periodista. Licenciado, supongo. Con tu titulito de la Universidad. ¿Sabes cómo huele la tinta en las rotativas? ¿Has oído el ritmo de las máquinas cuando vas tarde en la tirada? ¿Te has manchado alguna vez con el papel recién impreso? Eso también es parte de tu oficio, hijo. ¿Ah, que sí conoces todo eso? Bueno, discúlpame entonces. Ya sabes que los viejos y los jóvenes creen tener siempre la razón. Y alguno ha de estar equivocado, alguna vez. Échate más vino, anda. No me tengas rencor.

(Continúa)



*Esta obra está bajo una licencia Attribution-NonCommercial-NoDerivs 3.0 Unported de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/> o envíe una carta a Creative Commons, 171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.*